

bució algunas oraciones dudando siempre de que salidas de su impuro corazón, tuvieran impulso suficiente para llegar al cielo...

La ruidosa respiración de la enferma cesó de pronto y su cabeza cambió levemente de postura. Rafael la miró angustiado. La velada luz alumbraba tristemente los perfiles de su rostro céreo, exangüe, inmóvil.

¡Inmóvil! Rafael, siempre con la obsesión de la extraña coincidencia que le llevó aquella madrugada a leer los versos de Nervo, comprendió por qué su mente le había dictado esta palabra. Su amada era ya «La Amada Inmóvil», y ya lo sería para siempre. Y sin osar ir a cerciorarse de su mal, se escondió de nuevo en la sombra con el alma hecha pedazos, cada uno de los cuales sollozaba:

«Era llena de gracia, como el Ave María.»

Juanita no murió. Vió la luz de aquel día y la de los que le siguieron y ante el asombro de los médicos pasó pronto a un estado de franca convalecencia.

El que murió fué Rafael Ibarra, el Rafael Ibarra de los garitos, de los «Cabarets» y de los camerinos, para nacer un Rafael Ibarra juicioso, trabajador, austero y enamorado, que acabó en poco tiempo su carrera de médico, depositando el título a los pies de su novia como un trofeo victorioso, prenda del mayor triunfo que el hombre puede obtener en este mundo: La victoria sobre sí mismo.

La terrible lección había sido aprovechada por su corazón aun no del todo corrompido, pero a veces Rafael pensaba que quizá no le hubiera impresionado de tan profunda manera la enfermedad de Juanita, si los sublimes acentos del gran poeta no le hubieran talarado el alma aquella madrugada en que por inexplicable azar fué a tomar de su biblioteca «LA AMADA INMOVIL».

CARLOS CALLEJO

Lea Ud.

“ALCÁNTARA”

y propáguela entre sus amistades.
De este modo contribuirá a difundir,
dentro y fuera de nuestra región,
las letras extremeñas.



A SAN PEDRO DE ALCANTARA

Gigante de la raza, antorcha y guía
que llegaste a gozar el sufrimiento,
venturoso y feliz renunciamento
de quien logra sufrir con alegría.

En la ágraste y salvaje serranía
encontraste solaz y esparcimiento
rezando con sublime arrobamiento
la mística oración de cada día.

Y emprendiste la marcha peregrino
por la senda de fe que tu alma entraña
como ruta de luz y de destino.

Y al traspasar las puertas de la gloria
sublimaste las páginas de España
en el Sagrado libro de la Historia.

GREGORIO GALLEGU CEPEDA